



## «Temiendo la máquina de tantos pertrechos»: *Don Quijote* como instrumento de reforma social

Benito Gómez Madrid  
California State University Domínguez Hills

### RESUMEN:

Al contrario de la literatura defendida por la escuela de Lope de Vega, empeñados en promover concepciones anticuadas del honor, la política y la religión; Cervantes va a proponer un novedoso modelo de narración diseñado para examinar y enjuiciar las anquilosadas ideas que defendían autores como Lope, el afamado y popular dramaturgo. En el caso de Cervantes, entre sus logros más significativos radica su perspicaz planteamiento de convertir al personaje principal de su *magnum opus* en el símbolo de un proceso dinámico encaminado a señalar la posibilidad de realizar un cambio radical en su sociedad. Uno de los originales procedimientos que va a emplear Cervantes para sugerir diversas posibilidades de renovación será mediante la utilización del moderno concepto de la «máquina», la cual va a personificar en su protagonista, a manera de instrumento necesario para llamar la atención sobre la necesidad de reparar y renovar una sociedad que considera en decadencia.

PALABRAS CLAVE: Máquina - *Don Quijote* - Cervantes - Renacimiento

### ABSTRACT:

Contrary to the literature defended by the Lope de Vega school, determined to promote outdated conceptions of honor, politics and religion; Cervantes is going to propose a novel narrative model designed to examine and prosecute the stagnant ideas defended by authors such as Lope, the famous and popular playwright. In the case of Cervantes, among his most significant achievements is his insightful approach to make the main character of his magnum opus the symbol of a dynamic process aimed at signaling the possibility of making a radical change in his society. One of the original procedures that Cervantes will employ to suggest various possibilities for renovation will be through the use of the modern concept of the «machine», which he will personify in his protagonist, as a necessary instrument to draw attention to the need to repair and renew a society that he considers to be in decline.

KEY WORDS: Machine - *Don Quixote* - Cervantes - Renaissance

La niñez de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) transcurre en la época cambiante de mediados del siglo XVI, distinguida por grandes descubrimientos geográficos y científicos que afectarán profundamente la forma de percibir la religión, la economía, la política, las ciencias y las artes. Obras como *Sobre los giros de los orbes celestes* de Nicolaus Copernicus y *Sobre la estructura del cuerpo humano* de Andreas Vesalius ven la luz en 1543 y producen gran conmoción e inquietud. Los inquisitivos intelectuales que ejercen sus profesiones en este contexto convulsivo absorben las nuevas ideas y desarrollan una gran sensibilidad hacia los cambios sociales. El nuevo súperhombre de la era renacentista — en la que se debe mencionar como pioneros también a Leonardo da Vinci, Lorenzo Ghiberti, Piero della Francesca o Filippo Brunelleschi— es un audidacta hijo de sus propias obras que aprende de otros maestros dotados de ingenio y asocia positivamente el mundo de las ciencias y las máquinas que transforman el mundo. En este mismo grupo de revolucionarios pensadores se puede encasillar a Cervantes. Francisco Márquez Villanueva reconoce a Américo Castro la idea de incorporar a Cervantes «con los grandes ingenios del Renacimiento», aludiendo a que con esta inclinación «vino a mostrarse como vertebral de la nueva visión crítica» (123). Juan Baustista Avalu-Arce califica a Cervantes «hijo del Renacimiento» y a *Don Quijote* «novela del Renacimiento» (10), por lo que no sorprende que Michel Foucault afirmase que «Don Quixote is a negative of the Renaissance world» (72). En esa misma línea se expresa Frederick De Armas, quien opina que, a través de incluir el recurrente leitmotiv del retorno de la Edad de Oro, se revela en Cervantes un «continuing desire for Italy, as revealed in his works, is in part a desire for a return of the Renaissance» (33). Siguiendo esta línea interpretativa, conviene comentar que no se debe confundir el deseo de Don Quijote de regresar a la Edad Media con el de Cervantes, pero sí es cierto que el escritor alcalaíno demuestra un notorio inconformismo con la época de Felipe II, pues, según Avalu-Arce, hubiera preferido vivir en el «world of ideas that circulated quite freely in the Spain of Charles V» (5). El autor de *El Quijote* era plenamente consciente de la época transformativa en la que se encontraba inmiscuido y mostrará a sus lectores una singular obra, cuyas páginas se caracterizan por rezumar un peculiar inconformismo social de raíz claramente renacentista.

Pero no solo Cervantes advierte que se encontraba en un momento puntual que auspiciaba cambios profundos. No se puede atribuir a una simple casualidad que el tópico del engaño en el contexto español ocupara un destacado lugar en las obras de destacados escritores como Góngora, Quevedo, y el mismo Cervantes. Ninguno de ellos titubeó a la hora de abordar temáticas que amonestaran contra la corrupción y descomposición social. En sus obras critican las antiguas excelencias morales castellanas que habían sido utilizadas hasta entonces en el proyecto de construcción nacional. Sin embargo, al contrario de la literatura defendida por la escuela de Lope de Vega, empeñados en promover concepciones anticuadas del honor, la política y la religión; Cervantes va a proponer un novedoso modelo de narración diseñado para examinar y enjuiciar las anquilosadas ideas que defendían autores como el afamado y popular dramaturgo. En el caso de Cervantes, entre sus logros más significativos radica su perspicaz planteamiento de convertir al personaje principal de su *magnum opus* en el símbolo de un proceso dinámico encaminado a señalar la posibilidad de realizar un cambio radical en su sociedad. Uno de los originales procedimientos que va a utilizar Cervantes para sugerir diversas posibilidades de reno-

vación será mediante la utilización del moderno concepto de la «máquina», la cual va a personificar en su protagonista, a manera de instrumento necesario para llamar la atención sobre la necesidad de reparar y renovar una sociedad que considera en decadencia.

Las situaciones en las que aparece en la obra la palabra «máquina» tienden a manifestar una relación con el ingenio. No sorprende, por consiguiente, que en el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias, se asocien inevitablemente ambos términos al definir la «máquina» como una «fábrica grande e ingeniosa» (539) y al ingenio como «cualquier máquina o artificio que concebida con el entendimiento facilita la ejecución de lo que sería difícil o costoso con la fuerza física del hombre» (504), ya que consiste en una «fuerza natural del entendimiento investigadora de lo que por razón y discurso se puede alcanzar en todo género de ciencias, disciplinas, artes liberales y mecánicas, sutilezas, invenciones y engaños y así llamaremos ingeniero al que fabrica máquinas para librarse del enemigo y ofenderle» (539). Las definiciones de Covarrubias resaltan un aspecto preponderante de esa época: el fantástico universo caballeresco medieval con el que Cervantes todavía tiene que lidiar en su época se está desmoronando y amalgamándose con otro nuevo, uno caracterizado por los descubrimientos y las innovaciones. En este nuevo mundo, más que el valor, se estima el ingenio, pues la invención resulta fundamental para el flamante hombre renacentista. Por consiguiente, la inclusión de la palabra «máquina» en *El Quijote* se debe interpretar desde un punto de vista humanista y, por tanto, considerar a Cervantes un «ingeniero» que inventa su protagonista para resolver los perjuicios de la persistencia de los valores tradicionales que anclan a su país en el pasado. Armado de la «máquina» ingeniosa personificada en Don Quijote, Cervantes pretende luchar contra sus enemigos tradicionalistas y «ofenderles» a base de criticar las atrofiadas posturas que defienden. Esta facultad es utilizada como una especie de arma retórica por parte del «ingenioso hidalgo» para oponerse e incluso «atacar» a sus contrarios a base de replicar, contradecir, refutar o rebatir las ideas contrarias a su parecer.

Los volubles tiempos en los que vive Cervantes se caracterizan por sufrir profundas transformaciones a todos los niveles que afectan de forma trascendental cada estamento de su sociedad. La Europa de aquel entonces experimenta una constante metamorfosis que preocupa, pero también ilusiona a sus habitantes. Algunos hombres de letras, como el escritor alcalaíno, aprovecharán estas turbulencias para buscar la oportunidad de infiltrarse en esta proteica corriente a base de efectuar sugestivas propuestas intelectuales. Sin embargo, como otros pensadores ya habían descubierto anteriormente, las restricciones de la época no favorecen un método de censura directa. Así lo explica Anthony J. Cascardi, quien propone que Cervantes probablemente prosigue una tradición del «discurso indirecto» mediante la cual demuestra ser consciente de que «every approach to the truth must be indirect because there is no truth-center to be attained» (245). Indudablemente, otros escritores renacentistas ya se habían valido antes que el autor español de la forma indirecta de la ficción para denunciar las injusticias sociales. El caso más notorio es el de Thomas More y su *Utopía* (1516), obra quimérica que consta como una de las fuentes inspiradoras para conducir las instigaciones reformistas que pretende realizar el escritor español. Según recoge Américo Castro, Cervantes conocía bien los tratados filosóficos e ideológicos europeos principales de la época que perseguían objetivos similares (106) y además había recibido educación erasmista en 1568 de

manos del famoso humanista Juan López de Hoyos en el Estudio de la Villa de Madrid. Aunque en los primeros años del reinado de Felipe II se publica el *Index Librorum Prohibitorum* (1559) que prohíbe todos los libros «en romance» de Erasmo, es evidente que las obras de Cervantes muestran gran influencia suya.<sup>1</sup>

Ciertamente, su novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1615) se va a convertir en receptáculo de aquellas ideas innovadoras que pretende implementar, como se evidencia en que la crítica social afecte a gran parte de la obra. Esta predilección crítica por maquinizar juicios inquisitivos aparece delineada por el novelista madrileño desde temprano en la obra. El concepto del ingenio es un elemento que resulta de capital importancia para Cervantes, no en vano lo pone de relieve en el mismo título de la obra. Asimismo, desde el imaginativo Prólogo, el supuesto amigo hace referencia a aprovecharse del lenguaje indirecto de la imitación de forma que no parezca servil ni demasiado visible para «derribar la máquina mal fundada destes caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más» (I, Prólogo). Con esta afirmación muestra el autor su intención de utilizar las referencias a la «máquina» para criticar costumbres anticuadas, en este caso los ya pasados de moda libros de caballería, cuya popularidad aún prevalecía entre la población. Es tanta la dedicación que le aplica a estos libros fantasiosos, que pronto Don Quijote insiste en abandonar la realidad de su vida cotidiana, guiarse por su fantasía y adoptar el discurso caballeresco: «Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo» (I, 1). El tono reprimido del narrador no permite lugar a dudas sobre la desaprobación de las ideas que han impulsado este comportamiento irresponsable. La noción de distinguir entre realidad e imaginación evoluciona lentamente de manos de humanistas renacentistas. De acuerdo a E. C. Riley, incluso los historiadores incluían elementos fabulosos para hacer la historia más digestible. Por otro lado, los novelistas continuaban afirmando que su narración era verdadera para impresionar a su audiencia, por lo que, cuando aparece *Don Quijote*, el deseo de investigación se encontraba claramente latente en los intelectuales humanistas, a pesar de que «the mass of the people, like their grandfathers, still did not bother to make much distinction between truth and fiction so long as a story could be marveled at as strange» (163). En este sentido, Juan Bautista Avallé-Arce ha desarrollado la idea de que si Cervantes adopta una postura contradictoria e incluso pesimista acerca del método científico de lidiar con la verdad no es por casualidad, sino que se trata de un procedimiento que lleva a cabo intencionadamente (23). En otras palabras, se está dejando llevar por la corriente humanista de sus tiempos.

Sea como fuere, Cervantes se incorpora a esta veta transformadora de los grandes ingenios renacentistas gracias a la inclusión en sus obras de perspicaces mecanismos literarios que le sirven para criticar su época. A principios del siglo XVII, debido a las dificultades para expresarse libremente, Cervantes tiene que ingeniárselas para cautelosamente mandar su mensaje de cambio de forma solapada, por eso encuentra en el uso de la ironía y la paradoja, «the perfect vehicles to express his nonconformity with contemporary literary and social reality» (Martín 81). El sofisticado uso de la ironía por parte de Cervantes

1.- Francisco Márquez Villanueva, en su brillante estudio sobre el episodio del caballero del verde gabán prueba claramente el extraordinaria influencia de Erasmo (123).

ha sido reconocido como una de las más brillantes formas de emplear esta figura literaria. Esta distinción constituye uno de los factores de su éxito literario. Significativamente, este recurso contribuye a reforzar el fuerte componente de denuncia social que pretende llevar a cabo el autor, aunque lo efectúe de forma sutil. Un ejemplo palpable, pero quizás no suficientemente analizado, se encuentra en la asociación que efectúa Cervantes de su protagonista, Don Quijote, con una ingeniosa máquina crítica.

En su primera salida, al llegar a la venta, Don Quijote continúa amparándose en el lenguaje indirecto, en esta ocasión del discurso caballeresco, prácticamente incomprendible para las «doncellas» que se encontraban a sus puertas para, a través del humor, persistir en su repoblación de la literatura medieval. Su lenguaje anticuado y su vetusta apariencia producen confusión y risa en unos personajes que son coetáneos de Cervantes. Este episodio provoca la intervención del ventero, quien afirma que se ve obligado a actuar, pues «temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente» (I, 2). De nuevo, el término «máquina» se utiliza peyorativamente para censurar comportamientos desfasados. Tras abandonar la venta sin recibir reproche alguno por su comportamiento, Don Quijote intenta presumir de amada frente a unos mercaderes, pero fracasa y acaba maltratado. Por suerte, un vecino labrador se lo encuentra y le ayuda a regresar a casa. El labrador, se muestra confundido por las referencias literarias de su coterráneo y llega a ofenderse cuando, tras mostrar preocupación, Don Quijote vuelve a valerse de una retórica libresca, por lo que «el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necesidades» (I, 5). Las referencias anacrónicas de su vecino son desaprobadas por el labrador, quien caracteriza a Don Quijote para mostrar su desacuerdo con esta forma de razonamiento. En este sentido, el planteamiento cervantino de efectuar una mordaz crítica social a través de las palabras y acciones de un loco resulta brillante. En un entorno en el que la inmensa mayoría de los ciudadanos sobrelleva su existencia con resignación y sin atreverse a desafiar el status quo, una persona que rompe las normas sociales en pos de perseguir hitos personales tradicionalmente ha sido tildado de perturbado o como mínimo imprudente. No obstante, aquel que se salta los preceptos establecidos es directamente desacreditado como loco.

Sin embargo, a Cervantes, gran valedor de las ideas humanistas del Renacimiento, le atrae poderosamente el moderno concepto del ingenio, por lo que parece decantarse por el tipo de nobleza que se va obteniendo con la acumulación del saber o los logros personales. Por ejemplo, en la novela, don Quijote explica a Sancho acerca de las dos clases de linajes que conviven en el mundo, la que ha sido heredada por su descendencia noble y se va perdiendo paulatinamente con el paso del tiempo; y la de los que empiezan desde abajo y la van adquiriendo poco a poco a través de su mérito intelectual y contribuciones al mejoramiento de su sociedad. En este sentido, Don Quijote encarna plenamente el ideal renacentista que defiende Cervantes, pues trata como igual a Sancho y no le importa si su dama es de alto linaje. El protagonista cervantino se rige por un código basado en demostrar su valor y ganarse la aprobación con sus actos, no con su herencia o privilegio de clase. Resulta evidente el inconformismo de Cervantes con la forma en que se ha conceptualizado la idea de jerarquía asumida sin cuestionamiento en la sociedad de su tiempo. No obstante, esta novedosa noción renacentista desafía el concepto hereditario del mérito genealógico, que había ostentado la nobleza, por eso hace que su personaje afirme que



un caballero andante puede llegar a ser monarca y casarse con una princesa: «la infanta me ha de querer de manera que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo» (I, 21). Cervantes describe a un protagonista que se esfuerza por demostrar su valor ante su sociedad. Desea que Dulcinea sepa de sus actos heroicos, por lo que insta a Sancho a que busque dónde vive su señora y le cuente lo que piensa hacer por ella. Algo por lo que su escudero, que no comparte sus impacientes designios, le reprende: «mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas; que a tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia» (I, 25). Como se puede observar, Cervantes tiende a utilizar la palabra «máquina» para criticar situaciones en las que los personajes están siendo influenciados adversamente por algún raciocinio anticuado, como igualmente se percibe en la novela insertada de Anselmo y Lotario, sobre la que el narrador afirma que en una habitación «dio lugar a que se maquinase toda aquella desventura» (I, 35).

Otro ejemplo en el que Cervantes hace referencia a la «máquina» aparece cuando el autor pretende criticar el rechazo que muestra la sociedad ante los avances técnicos. Cervantes no permanece al margen de ese proceso y no le pasará inadvertido. En sus tiempos, Felipe II llegó a pagar clases de tecnología en castellano por la carencia de técnicos, los cuales se formaban en la universidad, y en latín. De hecho, Felipe II pensaba que «si las clases se impartiesen en castellano, que era la lengua franca de España, en vez de en latín, que solo entendían los letrados y la nobleza, se lograría resolver la gran carencia de técnicos de la Corona» (González 50). Don Quijote va a encontrarse, convertido en caballero andante medieval y, por tanto, a enfrentarse, con las máquinas: molinos de viento (I, 8), batanes (I, 20) y aceñas (II, 29). La forma de captar el inexplicable miedo del hombre ante la máquina —que aún persiste en nuestros días— posee en Cervantes a un pionero difícil de igualar y refleja fielmente lo que estaba ocurriendo en el siglo XVI, cuando se realiza en España un esfuerzo tecnológico considerable por impulsar la implementación de maquinaria movida por energía hidráulica y eólica. Se podrían citar como notables ejemplos la subida de aguas del Tajo al Alcázar de Toledo, junto a muchas otras obras de canales y molinos: «Cuando Felipe II asume la Corona ordena emprender grandes obras hidráulicas para hacer navegable el Tajo entre Toledo y Lisboa. De ellas las más difíciles fueron destruir los azudes ilegales» (González 57). Los molinos de viento habían comenzado a aparecer en el paisaje de La Mancha treinta años antes de la publicación de la novela de 1605, ocasionando el análisis de Diego Clemencín, quien había resaltado el tópico de la confrontación del hombre con una nueva forma de tecnología (170-71). Para Carroll Johnson, quien utiliza una aproximación económica, el choque entre el sistema financiero feudal con el incipiente capitalismo es notorio en la obra y conviene tener en cuenta que las andanzas de los protagonistas transcurren en un área que «is still largely pre-modern in technological terms, one cannot overlook the fact that the episode that has most captured the imagination of readers throughout the centuries is Don Quixote's attack on the windmills» (1). Resulta evidente que Don Quijote se encuentra en una época cambiante y moderna. Además, no se puede obviar que probablemente el episodio más reputado de la novela sea el encuentro con los molinos, es decir, cuando se enfrenta a una verdadera máquina. De cualquier forma, como recuerda Johnson, los molinos y los batanes ya son «physical manifestations of the rural economy of La Mancha, and that the

network of roads and roadside inns, and the arrieros and other sojourners are testimony to the centrality of La Mancha to peninsular and international commerce» (6). Por consiguiente, Alonso Quijana no debería sorprenderse de su cambiante entorno. De acuerdo con González Tarascón, «los batanes utilizados en la industria textil eran muy frecuentes y resultaba increíble que alguien dijera no conocerlos» (51). Sin embargo, conviene recordar, que Alonso Quijana se evade a la Edad Media a base de convertirse en el caballero andante Don Quijote, el cual sí se admira y reacciona con vehemencia ante los cambios ocasionados por las innovaciones con las que se encuentra.

El siguiente ejemplo de disputa acerca de «máquinas» se presenta en el discurso del protagonista acerca de las armas y las letras. Don Quijote se muestra muy sensato, sorprendiendo a todos los comensales presentes en la cena, cuando profiere su alocución acerca de si es más noble un soldado o un letrado. Don Quijote, influenciado por sus ideas medievales, concluye que la ocupación marcial es más honorable porque reporta un beneficio para muchos, aunque el propio soldado se encuentre sujeto a más pobreza y riesgos. Como nuevo adepto incondicional de la vida caballeril, Don Quijote favorece en su discurso a las armas, pero junto con este argumento, revela su disgusto por sus avances, denominando a la artillería y armas de fuego como invenciones diabólicas que permiten que un cobarde mate a un valiente cuando dispara su «maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos» (I, 38). A pesar del sensato discurso de Don Quijote, el narrador, claramente opuesto a las desusadas ideas medievales, hace que los presentes respondan a su defensa de las armas con atribulación más que con admiración y describan que les causa «lástima» que por su fijación en los ideales caballerescos haya perdido el entendimiento. Conviene recordar que, en aquel entonces, España goza de una gran hegemonía militar, por lo que estos avances científicos son valorados y apreciados, pues repercuten en la moral nacional y el éxito político. No se puede ignorar que Cervantes fue soldado en Lepanto y definía orgullosamente aquella experiencia como la mayor ocasión que se había vivido en todos los tiempos. Igualmente apreciadas en aquella época por su utilidad, son otras máquinas no «diabólicas» como los molinos de viento, batanes y aceñas, los cuales facilitaban enormemente la vida de sus gentes. Todos estos factores ayudan a comprender por qué el elocuente discurso de Don Quijote no obtiene la recepción deseada en una audiencia integrada por sus coetáneos.

Las invenciones de estos nuevos instrumentos, junto a numerosos más, se logran debido a los esfuerzos de inventores como Juan de Herrera, quien fue soldado como Cervantes durante el reinado de Felipe II para después continuar sus estudios de arquitectura, los cuales escogió porque «presupposes something of all the arts and sciences... particularly geometry, arithmetic, perspective, music, astrology, gnomics, and mechanics» (Brotons 244). Las contribuciones de hombres como Herrera en campos como la mecánica, la arquitectura, la artillería y la ingeniería civil en España durante los siglos XVI y XVII eran apreciadas en toda Europa. Los avances realizados en estas áreas refleja el ambiente reformador que caracterizaba la época en el viejo continente, desde donde permea una nueva valoración de las artes mecánicas que se observa en las páginas de Bacon, Harvey, Galileo y Boyle. De hecho, Leonardo, conocedor de múltiples materias, se convierte en un ícono que logra superar la división entre las artes mecánicas y las liberales, pues conocía tanto la teoría como la práctica. Era tan ingeniero como filósofo,

artista como diseñador. Paulatinamente, surgieron más defensores de la dignidad de las artes mecánicas en España, como el mismo Felipe II, los cuales ejercieron una ardua labor para cambiar ciertas ideas tradicionales, pues en aquel entonces, entre las llamadas artes liberales y las artes mecánicas, las primeras eran consideradas «socialmente superiores, hasta el punto de que haber ejercido un oficio mecánico (aunque hubiese sido con destreza) impedía el ascenso social» (González 50). Inmiscuido en este ambiente hostil al progreso, el autor alcalaíno concibe que Don Quijote se evada a un tiempo anterior a la primera revolución industrial, la del Renacimiento, que conoció invenciones increíbles, para denunciar el miedo de los nobles al cambio que representaban las ideas humanistas del Renacimiento, que Cervantes consideraba positivo y necesario. En este sentido, resulta comprensible que algunos lectores hayan visto en Don Quijote a un personaje burlesco o, mejor dicho, utilizado para la burla. Sin embargo, la intención de Cervantes es amalgamar en su obra la época de Felipe II y III con el mundo medieval a base de delinear unas complejas relaciones que establecen puntos de conexión entre el pasado y el presente. En ese sentido, «Don Quixote, is not only profoundly steeped in the social and economic reality of Habsburg Spain, but has anachronism as its central theme» (Ife 11). No obstante, este ingrediente resultaba indispensable para la crítica cervantina, ya que Cervantes intenta reflejar un momento inusual y un fenómeno que definirá su época: una aceleración de la historia. Como observó Tomasso Campanella, en aquel entonces el mundo cambió más en cien años que en los cuatro mil anteriores (109). Al convertir a su personaje en un anacronismo, Cervantes empuja a su audiencia a comparar y contrastar ambos periodos con la intención de que vean negativamente el pasado y critiquen el presente.

Unos capítulos más adelante, Don Quijote forma una gresca tremenda en la venta que provoca «efusión de sangre» propiciada por su querrela con el barbero por una nimiedad. Don Quijote confunde la bacía del barbero con el yelmo de Mambrino. El enredo resulta en un «caos, máquina y laberinto de cosas» (I, 45). De nuevo se observa la asociación peyorativa de la «máquina» con la conducta trasnochada que conlleva el comportamiento caballeresco asumido por Don Quijote y que provoca todo este desaguisado. Del violento incidente se pasa a postular al final del capítulo la manera apropiada de arreglar discrepancias. Esta forma de resolución de conflictos se va a valer de la razón para solventar la encarnizada disputa, por lo que se muestra a los lectores cómo los personajes «determinaron entre ellos que los tres se volviesen a contar lo que pasaba a su padre» (I, 45). El aspecto más interesante sigue inmediatamente a esta aclaración, pues se comenta que «de esta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias» (I, 45). Resulta un tanto extraño encontrar dos veces una palabra tan poco común como era «máquina» en un mismo capítulo. Sin embargo, sirve para resaltar la función crítica de este vocablo y para acentuar la advertencia acerca de las consecuencias que puede acarrear aferrarse a comportamientos obsoletos como los que proclama Don Quijote.

En el siguiente capítulo, Don Quijote todavía se encuentran en la venta dos días después de la refriega. La novela continúa con la temática de los alborotos que causa el protagonista con sus desfasadas ideas, aunque en esta ocasión, será él mismo el que sufra sus consecuencias. Para devolverle a su casa y curarle de su enajenación mental, el cura había convencido a Dorotea de que se hiciese pasar por la reina Micomicona, la cual precisaba ser liberada por Don Quijote. De esta forma, se arreglan con un carretero para que cons-



truya una jaula. El cura trama que don Fernando, con sus camaradas, los criados de don Luis, los cuadrilleros y el ventero se disfracen y le aten pies y manos. Don Quijote, que dormía, se muestra sorprendido, pero «se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que, sin duda alguna, ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador de esta máquina» (I, 46). Cervantes insiste en asociar nuevamente «máquina» con ingenio, pero en esta ocasión convierte al cura en el inventor de este procedimiento. El religioso utiliza el discurso caballeril para hacer claudicar a su vecino de su anticuado proceder encerrándole en la jaula. Sancho se mantiene al margen, pero el narrador deja caer que ya «le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo» (I, 46). Curiosamente, en este mismo capítulo, Cervantes hace referencia, peyorativamente, a otra de las grandes ideologías desfasadas contra las que luchó el Renacimiento: la Iglesia, a la que pertenece el cura. No obstante, conviene recordar que el clero desempeñaba un papel protagónico en la sociedad del Antiguo Régimen, por lo que había que contar con él para efectuar cualquier tipo de reforma. En esta sociedad, que estaba integrada por más de 70.000 religiosos, la abrumadora mayoría de los españoles se contaban entre sus seguidores, entre los que se incluyen Don Quijote y Sancho, y el creador de estos, aunque como matiza Américo Castro, si bien «Cervantes era católico, apostólico, romano [...], posee al mismo tiempo una ideología no cristiana reflejada en su concepción de la naturaleza y de la moral; además, ciertas prácticas y creencias excitan su crítica, y de vez en cuando se le escapa una malicia» (261). Castro declara los atrevimientos de Cervantes para criticar a la Iglesia en varias de sus obras, incluyendo *Don Quijote*. En cuanto a la multitud de alusiones a las costumbres católicas, Cervantes se muestra bastante intrépido, en comparación a otros autores de su tiempo. En este sentido, resulta evidente la elocuencia con la que presenta en su novela los temas religiosos envueltos en una gruesa capa de humor y sarcasmo que le sirven para encubrir o enturbiar sus ideas teológicas. No obstante, en repetidas ocasiones, Cervantes va a dejar entrever en la obra su concepto de una España decadente, señalando causas que impedían el progreso, tanto material como intelectual de su nación. Entre los motivos alegados se va a señalar el papel de una Iglesia intolerante que promulgaba el conformismo y la ignorancia, consolidando voluntaria o involuntariamente a una nobleza corrupta que explotaba a la clase menos privilegiada.

Las embestidas contra la Iglesia continuarán en la novela de 1615. Ya desde el segundo capítulo, aparece de nuevo el cura, junto con el barbero, adoptando un cierto protagonismo. El cura se empeña en mantenerse cerca y vigilar los movimientos de Don Quijote, insistiendo en que: «estemos a la mira: veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero» (II, 2). Sin embargo, como ya se había mencionado en la primera parte, el cura resulta ser un posibilitador de la continuación del discurso caballeril. Para empezar, se manifiesta como un gran lector de ellos; y en segundo lugar, los utiliza para coaccionar a Don Quijote y participar en el nuevo universo quijotesco. No obstante, como se observa por boca de los narradores que utiliza Cervantes, estos se decantan por expresar su deseo de acabar con la rancia forma de pensar que evocan los libros de caballería y reemplazarla por el nuevo pensamiento renacentista.

Esta novedosa propuesta para entender el mundo desde el prisma del humanismo renacentista se puede apreciar en una conversación que sostienen Don Quijote y Sancho en

el capítulo octavo de la segunda parte de la novela. Don Quijote cuenta la historia de un famoso emperador que quería visitar un templo que representaba la cúspide de las ideas del pueblo romano. Así se lo relataba un experto, «declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura» (II, 8). Este fragmento constituye un ejemplo del uso del término «máquina» con una connotación positiva. Sin embargo, a continuación, el experto se ofrece a tirarse desde lo más alto para contribuir a la fama del emperador y la suya propia, pero éste le detiene e insta a no comportarse así. Más adelante, Don Quijote le explica a Sancho que numerosos caballeros cometían actos similares en pos de adquirir fama. El narrador sostiene la importancia de aprender y mejorar las ideas clásicas y utiliza este comportamiento para advertir a los lectores acerca de los peligros que encierra este discurso caballeril tan enfocado en la persecución de la fama personal simplemente por despertar el interés de las damas cortesanas. No obstante, en esta ocasión, sorprendentemente, el mismo Don Quijote se contiene, aludiendo que «los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza» (II, 8). Para criticar esta forma de pensar dominada por la ideología medieval cristiana, el narrador hace que Sancho le siga la corriente a su amo utilizando el tópico del *ubi sunt* y cuestione dónde están ahora esos ilustres caballeros. Don Quijote prosigue con su razonamiento medieval y explica que los malos se encuentran en el infierno y los buenos cristianos en el purgatorio o el cielo. En este momento, el lector se espera que Sancho continúe abrazado al discurso de su amo. Sin embargo, y aquí es donde mejor se aprecia la mordaz crítica cervantina, el narrador hace que Sancho cuestione, usando un discurso absolutamente individualista y egoísta, si en las tumbas se podrían encontrar objetos valiosos.

Para encontrar la siguiente referencia a la «máquina» hay que esperar hasta el capítulo veintitrés de la segunda parte. Sancho acompaña a Don Quijote, empeñado en adentrarse en una gruta que cree ser la insigne Cueva de Montesinos. El escudero, con un espíritu notoriamente más moderno y humanista, critica la decisión medieval de su amo de actuar siguiendo los principios de los libros de caballerías y juzga que «aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda» (II, 23). La crítica de esta acción se observa, como casi siempre, inmediatamente después de la referencia negativa a la «máquina». En este caso, se narra a Don Quijote admitiendo que lo que ha contado lo observó con sus propios ojos y lo palpó con sus propias manos. Don Quijote, víctima de su obsesión con el discurso caballeril, lo cree a pies juntillas, pero desde el punto de vista del lector, esta afirmación resulta una evidente falacia. Para E. C. Riley, este episodio capta a la perfección «The muddling together of what could not possibly be true with what might be and what was true in the poor deluded brain of Don Quixote thus reflects the muddled thinking of a passing era» (168). Para reforzar aún más la posición que quiere resaltar el narrador, en el capítulo siguiente, se revela que el traductor del original, escrito por Cide Hamete Benegeli, o «primer autor», se tome la molestia de incluir unas notas al margen para desacreditar abiertamente la experiencia de Don Quijote en la cueva. En estas acotaciones, se hace referencia a la inverosimilitud de la confabulación testificada

por Don Quijote, atestando que no se puede creer «todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito» (II, 24). Sin embargo, el traductor, a pesar de manifestar su incredulidad y reafirmar la imposibilidad de lo sucedido, trata de relatar objetivamente la información que le ha llegado: «considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así, sin afirmarla por falsa o verdadera la escribo» (II, 24). No obstante, al hacer referencia a su ingenio como «máquina de disparates», el traductor continúa sembrando dudas con mucha eficacia. Este mecanismo se intensifica aún más al dejar al criterio de su audiencia que saque sus propias conclusiones: «Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere» (II, 24).

Para encontrar la siguiente referencia a la «máquina», hay que llegar al episodio del viaje por el Ebro, en el que se realiza una reflexión sobre la ciencia de la navegación. Tras ver un barco en la orilla, Don Quijote se motiva para actuar y «dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas» (II, 29). Tras un breve tiempo en la barca y ser preguntado por Sancho cuánta distancia han recorrido, Don Quijote cita al «cosmógrafo Ptolomeo» y afirma que han circunvalado la mitad de la tierra. Sancho desacredita la ciencia de Don Quijote proclamando que «veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas» (II, 29). Sancho, se convierte aquí en un portavoz del método científico, un mecanismo que usa Cervantes para oponer a la mentalidad anticuada del racionamiento que representa su amo. Esta forma de razonar, claramente se alinea con las nuevas ideas que estaban «gaining force throughout the sixteenth century in opposition to the deeply entrenched scholastic mode of scientific investigation, based on authority, speculative hypothesis, and deductive reasoning» (Forcione 309). Sancho oye y ve con sus propios ojos el peligro y que se encuentran en la orilla del Ebro, no de un mar. Don Quijote se muestra altanero y desprecia su «modo de investigación», insinuando que, si entendiera los conceptos que él ha citado de los libros que ha leído, no utilizaría sus sentidos para determinar la situación. Sin embargo, es Don Quijote el que está visiblemente equivocado. A continuación, la corriente les va a llevar peligrosamente hacia las ruedas de las aceñas para moler trigo, por lo que deben ser rescatados por los molineros. No obstante, éstos no pueden impedir que se destroe el barco. Tras llegar los dueños a pedir compensación por los desperfectos, Don Quijote retoma su discurso caballero para pedir que liberasen a las personas «oprimidas» del castillo. Naturalmente, los molineros reaccionan con estupefacción y califican de «hombre sin juicio» a Don Quijote. Esta reprobación le enfurece pues percibe que no puede convencer a los molineros de que acepten su discurso. En ese momento, Don Quijote echa mano al recurso de los encantadores para proteger su identidad y justificar una reacción que no encaja con sus deseos: «Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más» (II, 29). Aquí convendría resaltar que resulta altamente sugestivo que en la acepción usada por Covarrubias para «maquinar» se defina este proceso como uno caracterizado por «fabricar uno en su entendimiento trazas para hacer mal a otro» (539). Don Quijote, ofuscado por las «máquinas y trazas», cede en su obstinación, paga a los pescadores por los daños y abandona su aventura justificando que debe ser más oportuna para otro caballero. La reprobación que acarrea el uso del término «máquina»

para desautorizar la actuación caballerisca de Don Quijote se reafirma cuando el narrador concluye el capítulo con una fuerte reprimenda contra los protagonistas declarando que «volvieron a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho» (II, 29).

La próxima referencia a la «máquina» se encuentra en el episodio del gobierno de la ínsula Barataria. Don Quijote proporciona a Sancho sabios consejos acerca de cómo gobernar para poder lograr que la sociedad sea más humanitaria. A una época de pesadumbre y desconsuelo, de deriva, de miedo al hambre, a la guerra y las enfermedades; le sucede otra que pretende contribuir mayor certidumbre y estabilidad. En este sentido, resultaba fundamental proponer un proyecto de reforma coherente que debía haber sido liderado por los nobles. Cervantes, utiliza una conversación entre Sancho y la duquesa para llevar a cabo una fuerte crítica contra las ideas retrógradas sostenidas por la nobleza. De acuerdo a Howard Mancing: «It has often been stated that the gentle Cervantes never engages in serious criticism in *Don Quixote*. Such is not the case, but the social criticism in the novel is not always explicit. Probably the most profound episode of social critique comes during Don Quixote's stay with the duke and duchess in part 2 of the novel» (100). El narrador revela a un Sancho al que no solo le resulta fácil gobernar, sino que se muestra confiado sobre sus habilidades, llegando a afirmar que piensa aprender el oficio en quince días. La duquesa, a pesar de aferrarse a su condición de clase, demuestra encontrarse, al menos ligeramente, influenciada por las ideas humanistas y responde con aprobación porque «de los hombres se hacen los obispos» (II, 33). Sin embargo, la duquesa, heredera de la despectiva visión que poseen los nobles sobre los miembros de una clase inferior, no demuestra el menor interés en considerar a Sancho seriamente para el puesto, solamente en burlarse de él utilizando lo que ha aprendido de su lectura de la primera parte, especialmente el encanto de Dulcinea. Se basa en el discurso caballeresco, del que considera que Sancho está contagiado, para intimidar al escudero e intentar desanudar el fuerte lazo afectivo que le une a su amo: «el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos; y sepa señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo, pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas» (II, 33). Sin embargo, Sancho no se deja amedrentar y utilizando una lógica indubitable, logra salir al paso de la encerrona sin traicionar su lealtad y confraternidad con Don Quijote afirmando: «yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderle» (II, 33). Al final del capítulo, el narrador describe que los razonamientos de Sancho contentaron a la duquesa, aunque no impidieron que se apiadara de ellos, planeando junto al duque «hacer una burla a don Quijote que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco» (II, 33). Acerca de este tema de la irresponsabilidad de las clases dirigentes, claramente criticado en *El Quijote*, José Antonio Maravall lamenta que «the inability to comprehend this world was leading the country and its controlling groups headlong into a series of disasters each more irreparable than the last» (26).

Unos capítulos más adelante, el lector descubre los frutos de las cavilaciones de los duques. Estos demuestran ser excelentes lectores de libros caballerescos y de la primera parte del *Quijote*. Estos nobles se van a convertir en claros objetivos de crítica social de Cervantes en la novela al personificar las ideas que justamente él desearía que su país dejara atrás para renovarse. Dichos duques, para burlarse a costa de los protagonistas de



la novela, han planeado que se suban a un caballo de madera con fuegos artificiales y diversos efectos especiales para convencerles de que están volando montados a lomos del famoso caballo Clavileño. Como anticipaban los duques, Don Quijote muerde el anzuelo y se muestra deseoso de comenzar su aventura. Cuatro criados de los duques actúan vestidos como salvajes y aparecen por fin con el caballo y uno de ellos afirma: «Suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello», a lo que Sancho se apresuró a responder: «yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero» (II, 41). La referencia a la máquina vuelve a aparecer con una connotación crítica, pues representa la confabulación cruel que han ingeniado los duques, utilizando sus lecturas caballerescas, para desacoplar el vínculo afectivo entre Don Quijote y Sancho. Inicialmente, la táctica funciona, pues Don Quijote le pide a Sancho que se propine quinientos azotes en cuanto regrese a su aposento. Con esta referencia, el narrador vuelve a censurar la forma de pensar de los miembros de la nobleza, quienes en lugar de ejercer como líderes sociales e intentar mejorar las condiciones de los menos favorecidos, se aprovechan de su posición de poder para simplemente entretenerse, y peor todavía, hacerlo cruel y despiadadamente.

Cervantes reitera la crítica social contra los duques en el episodio de Doña Rodríguez, una dueña verdaderamente burlada y traicionada en la vida real por el comportamiento indebido de los Duques, quienes protegen al abusador de su hija y «maquinan» para ocultarle y prevenir que se case con la muchacha que ha deshonrado. Esta mujer encarna a las víctimas de la aristocracia arrogante que abusa de su poder y, por lo tanto, la inclusión de su historia en la obra «is crucial in revealing the social and moral corruption of the duke and duchess» (Mancing 100). Sin embargo, como anteriormente sucediera con Sancho, el autor presenta un desenlace inesperado en el que la justicia poética prevalece ante el cinismo de los nobles. Es así que el lacayo de los Duques, Tosilos, manifiesta su amor por la chica y se niega a luchar con Don Quijote, imposibilitando el perverso entretenimiento de sus amos y sorprendiendo a los cómplices de la burla: «Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos y, como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra» (II, 56). Una vez más, el narrador utiliza el vocablo «máquina» para manifestar su oposición a un comportamiento de los nobles que no solo se revela como corrupto y anticuado, sino que ha devenido en degeneración moral y social. Esta censura se evidencia en que el narrador muestre al final del episodio al duque desilusionado porque la batalla no se llevase a cabo y que tras ser informado por el maese de campo de su suspensión, se quedase «colérico en extremo» (II, 56). Este episodio crítico cobra aún más fuerza al final del capítulo cuando el narrador resume con un tono sarcónico que «los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan porque le ha perdonado o la parte o la justicia» (II, 56). Esta declaración constituye un ejemplo evidente del deseo reformador del autor, quien define la conducta de la sociedad española liderada por este tipo de aristócratas como pueril y patética. Es cierto que Cervantes nunca vituperó directamente las instituciones españolas, optando por la vía más sinuosa de la crítica indirecta. De cualquier modo, como afirma Maravall, Cervantes al menos «sought a solution based on prudent accommodation in order to be able to continue along the paths of reform» (26).



El uso de la palabra «máquina» para llevar a cabo una crítica social prosigue en el episodio de la cabeza encantada en el que, se hace referencia de nuevo a un personaje noble, el caballero don Antonio Moreno, de forma peyorativa; pues dicho aristócrata utiliza este artilugio «para entretenerse y suspender a los ignorantes» (II, 62). Esta narración constituye otra instancia de reprobación por parte del narrador hacia aspectos de su sociedad que le gustaría modificar. Don Antonio, en lugar de ejercer de modelo social —el papel que se presupone debe ejercer la nobleza de acuerdo a los esquemas medievales—, incita a su sobrino, un estudiante inteligente, para que tome parte en el engaño desempeñando el papel de respondiente. El narrador Cide Hamete muestra claramente su desaprobación y apunta «que hasta diez o doce días duró esta maravillosa máquina» (II, 62). Cide Hamete continúa explicando que cuando se enteraron las autoridades, tuvo que deshacer la pantomima «porque el vulgo ignorante no se escandalizase» (II, 62). Adoptando una actitud crítica y reformadora, Cide Hamete ha descrito un suceso en el que los nobles desperdician su talento y su privilegiada posición social para aprovecharse del pueblo con el único fin de entretenerse. Ese afán por parte de la nobleza de abrazar la diversión y escatimar esfuerzos a la hora de asumir sus responsabilidades cívicas parece haber irritado profundamente a Cervantes, a quien los fines recreacionales no le parecían la forma más apropiada de destinar el tiempo de las personas más capacitadas para liderar la sociedad. Esta idea la extendía a la literatura, donde las pretensiones amenas del estilo lopesco no cuadraban con su *welstanchauung*. Citando los prólogos de varias de sus obras, Daniel Eisenberg analiza cuánto le molestaba al autor alcalaíno que la literatura se utilizara simplemente con motivos lúdicos y afirma categóricamente que este esperaba que sus obras fueran interpretadas en clave pedagógica, y que «it should not just entertain and produce esthetic pleasure, but educate as well» (157). Al referenciar en la segunda parte de su novela cómo los Duques y otros nobles, habían leído la primera parte de su novela, pero la habían malinterpretado y utilizado sesgadamente con propósitos sádicos, Cervantes muestra su profunda disconformidad con este uso recreacional de la literatura, pero también ejerce una feroz crítica social.

Cervantes percibe que el mundo está cambiando vertiginosamente a su alrededor, tanto moral, política, financiera, tecnológica o artísticamente. Asimismo, puede apreciar que aquellos que se queden anclados en viejas concepciones religiosas y nobiliarias permanecerán irrevocablemente rezagados. Cervantes parece ser consciente de su función vinculadora para engancharse a una nueva época sin renunciar a su identidad. Esta revelación explica las grandes contradicciones presentadas en la obra, fiel reflejo de la transición de la época medieval al moderno Renacimiento. Sin embargo, mostrando gran clarividencia, Cervantes inventa un personaje que se evade a la época feudal para poder revelar mejor el conflicto con la realidad del momento que vive su autor. Al lector de la época, acostumbrándose paulativamente a asimilar los progresivos cambios, la brillante maniobra cervantina le desvela la discordancia absurda entre las realidades del pasado y el presente. La incoherencia resultante de las constantes situaciones en que el protagonista, evadido al pasado, choca con el presente, producen hilaridad, pero también aflicción. No obstante, resulta innegable que Cervantes produce un peculiar personaje que ha sido dotado de una mente privilegiada para detectar injusticias, imaginar situaciones alternativas y concebir nuevas posibilidades de actuación. Un detallado análisis de sus motivos, permite apreciar

que el propósito del autor va más allá de simplemente reflejar contradicciones. Cervantes pretende reflejar los enfrentamientos que surgen del encuentro entre las ideas medievales y las renacentistas que se captan en la obra para ofrecer un mordaz análisis social. Una de las formas más intrigantes en la que Cervantes lleva a cabo esa labor es dotando de una connotación crítica al moderno concepto de la «máquina» como forma de reprobación social personificada en Don Quijote, el protagonista de su obra maestra.

### Obras Citadas

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista. *Deslindes cervantinos*. Edhigar, 1961.
- BROTONS, Victor Navarro. «Mechanics in Spain at the End of the 16th Century and the Madrid Academy of Mathematics». *Mechanics and Natural Philosophy Before the Scientific Revolution*. Eds. Laird W.R., and Roux S. Boston Studies in the Philosophy of Science, vol 254, pp: 239-258.
- CAMPANELLA, Tommaso. *La città del sole*. Bobbio, 1941.
- CASCARDI, Anthony J. *Cervantes, Literature, and the Discourse of Politics*. U of Toronto P, 2012.
- CASTRO, Américo. *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*. Trotta, 2002.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. Diego Clemencín, D. E. Aguado, 1835.
- COVARRUBIAS Y OROZCO, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Turner, 1979.
- DE ARMAS, Frederick A. «Cervantes and the Italian Renaissance». *The Cambridge Companion to Cervantes*. Ed. Anthony J. Cascardi, Cambridge UP, 2002, pp. 32-57.
- EISENBERG, Daniel. *A Study of Don Quixote*. Juan de la Cuesta, 1997.
- FORCIONE, Alban K. *Cervantes and the Humanist Vision: A Study of Four Exemplary Novels*. Princeton UP, 1982.
- FOUCALT, Michel. «Representing: Don Quixote». *Cervantes*. Ed. Harold Bloom. Chelsea House Publishers, 1987.
- GONZÁLEZ TASCÓN, Ignacio. «La ingeniería del Siglo de Oro a través del Quijote». *Revista de Obras Públicas*, 3453 (2005), pp. 49-58.
- IFE, B. W. «The Historical and Social Context». *The Cambridge Companion to Cervantes*. Ed. Anthony J. Cascardi. Cambridge UP, 2002, pp. 11-31.
- JOHNSON, Carroll B. *Cervantes and the Material World*. U of Illinois P, 2000.
- MARAVALL, José Antonio. *Utopia and Counterutopia in the Quixote*. Trans. Robert W. Felkel. Wayne State UP, 1991.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco. «Erasmo y Cervantes, una vez más». *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 4.2 (1984), pp: 123-37.
- MARTÍN, Adrienne Laskier. *Cervantes and the Burlesque Sonnet*. U of California, 1991.
- RILEY, Edward Calverley. *Cervantes' Theory of the Novel*. Oxford UP, 1962.

